

La Unidad y la Paz

Homilía de Monseñor Francisco Javier Errázuriz Ossa, Arzobispo de Santiago, en el TEDEUM celebrado en la Catedral Metropolitana el 18 de septiembre de 1999



Introducción

Cuando las más altas autoridades del país, acompañadas por los embajadores de las naciones amigas, inician las celebraciones de las Fiestas Patrias en esta Catedral, que ha sido testigo de nuestra historia, es todo el Pueblo de Chile quien se acerca a su Dios. Desde esta Casa de Oración, en otras iglesias catedrales y en todos los hogares que se unen a esta celebración ecuménica, el país quiere expresarle al Padre de los cielos su emocionada gratitud, meditar junto a Él sobre los caminos de nuestra historia, y presentarle necesidades y proyectos, a fin de que Él nos manifieste su cercanía y nos bendiga.

Nuestra celebración tiene lugar cuando los cristianos de todo el mundo ya dirigen sus miradas hacia Tierra Santa, y acompañan con cariño y asombro a las personas que prepararon el nacimiento de Jesús, nuestro Señor y Salvador. Ya peregrinamos espiritualmente a Nazaret, aproximándonos en silencio, casi dos mil años después, al espíritu abierto y filial de quien sería su madre, María, y a la disponibilidad incondicional de José, llamado a ser su padre adoptivo. Sobre todo nos detenemos admirados ante la decisión de Dios, que fiel y misericordioso resolvió enviar a la tierra a su propio Hijo. En Él quería darnos

a conocer, de modo humano, su propio rostro de Padre y Pastor, como también su sabiduría, su inconmensurable bondad y su omnipotencia. Y quería abrir así los caminos hacia la cercanía, la unidad y la paz: de los hombres con Él, y de los seres humanos entre sí.

1. En este tiempo de preparación al tercer milenio, el Gobierno y el Parlamento de Chile han querido manifestar su aprecio por la dimensión religiosa de la vida humana, de nuestra convivencia y de los proyectos que emprendemos en bien del país. Por eso, en esta mañana nuestra gratitud se eleva al Padre de los cielos por el reconocimiento que nuestros gobernantes han brindado a la sed de trascendencia que arde entre nosotros, y a la búsqueda de Dios en nuestra sociedad. **Mediante la ley que regula la constitución jurídica de las Iglesias** y les concede personalidad de derecho público, los legisladores han acogido el valor sin límites que ha tenido y que tiene para el pueblo de Chile el encuentro con el Señor y con su voluntad. En efecto, la presencia de Dios y del Evangelio de Jesús ha incidido en nuestra solidaridad como pueblo. Saberse hijos del mismo Padre forja a Chile como una nación de hermanos.

Más allá de ciertas lagunas e imprecisiones del texto legal, de las cuales también sus autores tienen conciencia, su valor simbólico es indiscutible: la valoración social que se hace del compromiso religioso. Nuestra Nación se dispone a ingresar así al tercer milenio. Le abre espacio a la libertad de conciencia y a la libertad religiosa, y reconoce a las comunidades e instituciones religiosas, porque ellas contribuyen a vivificar, mediante su fe en Dios, la vida y los esfuerzos de los chilenos. Así podemos avanzar con confianza hacia el futuro, respetando la hermosa naturaleza que Dios nos dió como obra de sus manos, y construyendo nuestra Patria conscientes de la trascendencia de su destino.

Como Obispos y Pastores de comunidades cristianas, alabamos al Señor porque se reconoce de esta manera la riqueza que le ha significado a Chile la experiencia del Evangelio, que ha sido como el alma de nuestra cultura desde los inicios del país. Sin ella, Chile no sería Chile. Con ella ha podido crecer y desarrollarse con la audacia y la confianza que otorga la conducción del Padre providente; con la fuerza y el aliento que nos da la muerte y la resurrección de Cristo; con la inclinación a la concordia y a la generosidad que infunde el Espíritu Santo; con el sentido familiar y la ternura que inspira el amor a la madre de Jesús, María; y con la certeza de ser un pueblo con vocación

fraterna. En efecto, del ejemplo y de la enseñanza del Señor Jesús se desprenden los rasgos más nobles de nuestro relacionamiento social, ya que fue Él quien nos enseñó a amarnos de una manera diferente, sin utilizar la medida de la reciprocidad, sino la suya, la del amor gratuito. Por eso nos enseñó a buscar el bien de los demás, también de los enemigos, con suma generosidad - acogiéndolos, acompañándolos, perdonándolos, sirviéndolos y apoyándolos. El amor y el perdón que recibimos de Él gratuitamente, debemos darlo también gratuitamente.

Esta confianza que deposita el país en las Iglesias y confesiones religiosas, compromete a todas a caminar en presencia del único Dios, agradándole sólo a Él, y a aunar esfuerzos, en el mutuo respeto, para servir a Chile. A los cristianos nos pide dar la debida importancia a aquello que más nos une. En efecto, por el sacramento del bautismo, administrado conforme a la voluntad de Cristo, Nuestro Señor, todos somos hijos del mismo Padre y realmente hermanos entre nosotros. Agradecemos desde ahora a nuestro Dios por la oración, la búsqueda de la unidad y las obras de misericordia que emprendamos en común, y por la gracia que nos ofrece de poder conmemorar y celebrar juntos el nacimiento de Jesús.

2. **Concluye un año difícil para el país** y para sus gobernantes. La crisis mundial de la economía nos afectó duramente. Quizá menos que a muchos otros países. Pero provocó una desaceleración del crecimiento económico, una tasa de desempleo muy superior a la esperada, como también la aflicción, y a veces el hambre, en las familias que sufren con desaliento la carencia de un trabajo remunerado. A ello se sumó la sequía más dura de este siglo, y la consiguiente crisis en el suministro de electricidad, con los inesperados racionamientos. Nuestro país suponía que éstas eran cosas del pasado.

También en estos últimos doce meses ocurrió la detención del Senador don Augusto Pinochet en Londres. Se reactivaron con virulencia las actitudes agresivas, en pro y en contra, que nos separan. Se tensó la vida política. Surgió un hondo malestar en nuestras Fuerzas Armadas y de Orden. Y muy pronto apareció en muchos admiradores del Viejo Mundo un sentimiento de molestia, impotencia y aun indignación: el que surge en los países pequeños, pero conscientes de su dignidad, cuando naciones grandes, que en el pasado multiplicaron sus colonias por el mundo, proceden con ellos, como muchos suponen, aplicando criterios que nunca

aplicarían ni con naciones poderosas ni consigo mismas.

A los problemas anteriores se sumaron otros hechos que también nos hicieron tomar dolorosa conciencia de nuestra realidad. Recuerdo aquí las demandas de los pueblos autóctonos, que exigen un trato de otro nivel cualitativo, conforme a su historia y su dignidad. Y entre los males que más nos preocupan, no olvidemos el aumento acelerado y dramático del comercio y consumo de droga, y ciertos brotes preocupantes de violencia, que no siempre son ocasionales.

Los hechos mencionados no nos llevan a olvidar los grandes progresos del país, que han sido fruto tanto de los planes de gobierno, como de la iniciativa empresarial, de la calidad del empeño de los trabajadores, del empuje de nuestras universidades, de las iniciativas solidarias y generosas de innumerables jóvenes y adultos, como así mismo de instituciones de misericordia, comprometidas con Dios y con la sociedad, etc. Por todos estos beneficios se eleva al cielo y se acrecienta nuestra acción de gracias.

Pero esas otras experiencias que hemos sentido como amenazas, y que han provocado una verdadera conmoción en nuestro ánimo, porque no deseábamos tenerlas, ¿pueden ser también ellas un punto de partida para nuestra gratitud?

Es claro, quien estimó que sería favorable a nosotros el que todos estos hechos surgieran simultáneamente y remecieran seguridades, fue la Providencia divina. Una verdad que San Pablo escribió a los cristianos de Roma nos ayuda a comprender su sabiduría: «Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio». Todas las cosas Dios las hace redundar en bien de los que le aman. Todas las cosas ... también la sequía, los cortes de luz, la crisis de la economía, la impotencia, las humillaciones. Todas las cosas... «aun el pecado», añadió San Agustín.

Lo anterior nos sobrevino cuando estábamos adquiriendo la conciencia de ser un país exitoso y admirado, un modelo para otros países en vías de desarrollo. Nos creíamos importantes y respetados, como lo decían amigos de otros países, en el concierto de las naciones. El país de los profesionales y los altos empleos comenzaba a enorgullecerse de la economía en constante crecimiento, y del volumen y la variedad de las exportaciones, y corría el peligro de olvidar la pobreza dura en la cual viven tantos compatriotas y tantos hogares. A la par, íbamos acelerando el paso en la carrera del consumismo, asumiendo deudas o atesorando lo super-

fluo. Avanzábamos por las pistas de las mejores apariencias, de la globalización de lo desechable, incluyendo a las personas, y de aquellas competitividades que nacen del egoísmo. Y seguía creciendo la distancia entre los grupos más adinerados y los más pobres. Ya podían ser constatados los efectos de este estilo de vida: la intranquilidad, el estrés y las neurosis, los brotes de deshonestidad y de violencia, como también la invasión de la droga, que tantas veces es fuga de una manera de vivir carente de motivación y sentido.

¿Cómo no darle gracias a Dios por sus advertencias? ¿Cómo no agradecerle de corazón que nos invite a ser una nación desarrollada, pero siendo lo que somos, con sencillez y modestia, cuando conocemos por las Escrituras los males que acompañan a los que se creen poderosos, ya que se alejan de Dios y oprimen a los más débiles, pobres e indefensos, sean éstos individuos, grupos o naciones? ¿Cómo no expresarle nuestra más sincera gratitud, cuando nos pide que valoremos la riqueza multiétnica y multicultural de nuestro país, y nos recuerda que nuestra felicidad reside en nuestra riqueza espiritual y valórica, y no en el acopio de bienes innecesarios? Igualmente compromete nuestra alabanza, al invitarnos a buscar por sobre todo su Reino, enriqueciéndonos con la verdad y la justicia; el arte y la ciencia; las iniciativas en beneficio de los demás, la amistad y el perdón; la fe, la esperanza y la contemplación; la santidad y la paz. ¿Cómo no cantar nuestro «Tedeum» -a Ti, Dios te alabamos- cuando ha intervenido entre nosotros, frenando nuestra carrera hacia la autocomplacencia y el egoísmo, pidiéndonos que fuéramos sobrios e ilimitadamente solidarios, es decir, pidiéndonos que sorprendamos mediante la equidad y la generosidad a los pobres y a los desocupados, haciéndonos sentir sentir sinceramente que Chile es una nación de hermanos? Es verdad, todo, absolutamente todo, puede redundar en nuestro bien, con la gracia de Dios, que Él no niega a los que obran con rectitud.

3. Finalmente quisiera invitarles a dar gracias a Dios por los frutos que puede dar esa iniciativa visionaria del Supremo Gobierno, de constituir una instancia de gran significado moral, capaz de despertar mucha esperanza en este pueblo nuestro que quiere vivir en el entendimiento y la paz. Agradecemos al Señor por quienes han aceptado la invitación a participar en la «Mesa de Diálogo», y respetemos la decisión de quienes piensan que no deben integrarse a ella. Estamos inmersos en un proceso de hondo significado espiritual. Sabemos cuán difícil es el acercamiento entre personas que se han enemistado. Pues bien, nos

hemos adentrado por un camino que busca el acercamiento no sólo de personas, sino además de agrupaciones, instituciones y corrientes de acción social y política. Para ello, como lo expresara el Señor Ministro de Defensa, la Mesa de Diálogo quiere «generar dinámicas de colaboración con la verdad, la justicia, la reparación y el perdón», para superar «las razones de la violencia política», y abrirle camino a «una cultura que apunte a la paz social, la reconciliación y el respeto de los derechos humanos».

Es una noble tarea la que asumen las personas y las instituciones que han aceptado constituir una instancia cuya fragilidad institucional es innegable, pero que cuenta con el respaldo moral de los que creen que la paz de los espíritus es inseparable del bienestar del país. También aquí valen las palabras de Jesús: «Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt. 5, 9).

Los participantes ya han dado un paso decisivo para el éxito de su gestión: han confiado en la recta intención de los demás integrantes de la Mesa. A Dios le pedimos que en sus encuentros, entre ellos, puedan fortalecer esta confianza y superar cuanto nos ha dividido. Que Él les regale el respeto mutuo, la prudencia y la fuerza interior que necesitan para avanzar gradualmente; el amor a la verdad, de la cual no tienen nada que temer, y el valor para asumir sus consecuencias; el dolor sincero por los daños irreparables y por todo sufrimiento propio y ajeno; y el aprecio por los propósitos positivos de los demás, aun cuando se hayan puesto por obra con la contaminación del error y de la acción reprobable.

Por sobre todo, pedimos para ellos que nunca cedan a la tentación de actuar «en contra de alguien». Que busquen la verdad y la justicia en favor de todos, en bien de las personas y las instituciones, porque así trabajarán por el bien de Chile. Que propongan condiciones favorables al encuentro del destino de las personas desaparecidas, como también al reencuentro con los caminos que apartan de la violencia y conducen a la concordia. Y que no le teman al reconocimiento de errores y de injusticias. Tenemos que mirar de frente nuestra historia. Y más allá de las conclusiones que saque cada uno del último medio siglo, las heridas que todavía no se cierran nos dicen que Chile necesita al inicio del tercer milenio un gran acuerdo sobre las enseñanzas del pasado. El dolor, el perdón, el arrepentimiento y la verdad pueden acercarnos a la justicia, la libertad y la fraternidad que deben reinar entre los hijos de Dios.

Acompañemos con nuestra oración sus esfuerzos, ya

que trabajan por satisfacer un anhelo hondamente sentido por los chilenos, en quienes encuentran un eco muy profundo las palabras de Jesucristo en la Última Cena: «que todos sean uno». Lo que más deseamos es vivir en concordia y unidad; no queremos vivir en confrontaciones, ofensas e injusticias, en medio de agresividades y agresiones. Más bien quisiéramos que el ejemplo de diálogo que pueden dar quienes componen esta Mesa, llegase a ser una escuela para muchos otros encuentros, que permitan buscar en común la verdad, la justicia y la paz.

Los períodos electorales no han sido en nuestro pasado los tiempos más propicios para el entendimiento. Por eso elevamos nuestra oración a Dios por quienes aspiran a conducir los destinos de la Nación y por sus equipos de trabajo, de manera que sus campañas sean sobre todo propositivas. Les deseamos que sean capaces de proponer programas inspirados en la promoción de la dignidad humana - particularmente de los más pobres y marginados - que encaminen a todos los chilenos hacia un futuro rico en valores, sobre todo en bien de los niños, los jóvenes y las familias del país. Y que logren despertar creatividad, esperanzas y solidaridades, dejando de lado cuanto podría entorpecer este tiempo de acercamiento y de naciente confianza, un tiempo que debe privilegiar los caminos que nos alejan de la confrontación, y darnos un ambiente social descontaminado, que nos acerque a la verdadera paz, obra de la justicia y la misericordia. Concluyamos nuestra meditación, rogándole al Padre de los cielos que multiplique en nuestra Patria las instancias de diálogo, de manera que reine la alegría y la confianza en la mesa cotidiana de cada familia, lugar de mutuo enriquecimiento por el respeto, la sinceridad, la fidelidad y la benevolencia. Que haya mesas de diálogo y entendimiento entre las generaciones, entre los constructores de la sociedad, también en las fábricas y en las empresas, en las escuelas, los liceos, los colegios y las Universidades, así mismo en los sindicatos y las juntas de vecinos, entre las iniciativas privadas y las gubernamentales.

Pronto celebraremos los 2.000 años de la llegada a este mundo de Jesucristo, Palabra del Padre a la humanidad. Que Él aliente nuestra gratitud y nuestra conversación con Dios, para que nos adentremos de su mano por los caminos del tercer milenio, y construyamos juntos, con Él y con Nuestra Señora de la Reconciliación, una Nación de hermanos.

Santiago, 18 septiembre de 1999.